

O. Henry
El Rescate del
Jefe Rojo

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL RESCATE DEL JEFE ROJO

O. HENRY

**PUBLICADO: 1907
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EL RESCATE DEL JEFE ROJO

Parecía un buen negocio; pero esperad a que os lo cuente. Estábamos en el Sur, en Alabama —Bill Driscoll y yo— cuando se nos ocurrió la idea del secuestro. Fue, como Bill lo expresó más tarde, «durante un momento de aparición mental transitoria»; aunque no lo descubrimos hasta después.

Había un pueblo por allí, tan llano como una tortita de franela, que se llamaba Summit, cómo no. Estaba habitado por una clase de campesinos tan inofensivos y pagados de sí mismos como los que jamás se hayan congregado en torno a un mayo.

Bill y yo teníamos un capital conjunto de unos seiscientos dólares, y necesitábamos exactamente dos mil más para llevar a cabo una estafa de solares en el oeste de Illinois. Lo hablamos en los escalones del hotel. La filoprogenitividad, nos dijimos, es poderosa en las comunidades semirurales; por eso, y por otras razones, un secuestro debería funcionar mejor allí que en el radio de acción de los periódicos que mandan reporteros de paisano a remover el avispero. Sabíamos que Summit no podría perseguirnos con algo más contundente que unos alguaciles, quizás unos sabuesos de lo más apáticos y alguna que otra diatriba en el *Weekly Farmers' Budget*. Así que parecía prometedor.

Elegimos como víctima al hijo único de un ciudadano prominente llamado Ebenezer Dorset. El padre era respetable y tacaño, aficionado a las hipotecas y severo y recto pasador de la bandeja de la colecta y ejecutor de embargos. El chico tenía diez años, pecas en relieve y el pelo del color de la portada de la revista que uno compra en el quiosco cuando quiere coger un

tren. Bill y yo calculamos que Ebenezer aflojaría hasta el último centavo de los dos mil dólares de rescate. Pero esperad a que os lo cuente.

A unas dos millas de Summit había una pequeña montaña cubierta de un espeso matorral de cedros. En la cara posterior de la montaña había una cueva. Allí almacenamos provisiones. Una tarde, después del ocaso, pasamos en un coche de caballos por delante de la casa del viejo Dorset. El chico estaba en la calle tirando piedras a un gatito sobre la valla de enfrente.

— ¡Eh, chiquillo! — dice Bill —. ¿Te gustaría tener una bolsa de caramelos y dar un buen paseo?

El chico le da a Bill limpiamente en el ojo con un trozo de ladrillo.

— Eso le costará al viejo quinientos dólares más — dice Bill, trepando por la rueda.

Aquel chico opuso una resistencia digna de un oso canela de peso wélter; pero, al fin, lo redujimos al fondo del carruaje y nos alejamos. Lo llevamos a la cueva y até el caballo en el matorral de cedros. Entrada la noche, llevé el carruaje al pueblecito de tres millas de allí donde lo habíamos alquilado, y volví a pie a la montaña.

Bill se estaba pegando esparadrapo en los arañazos y cardenales del rostro. Había un fuego ardiendo detrás de la gran roca a la entrada de la cueva, y el chico vigilaba una olla de café hirviendo, con dos plumas de la cola de un buitre clavadas en su pelo rojo. Cuando me acerco, me apunta con un palo y dice:

— ¡Ja! Maldito cara pálida, ¿te atreves a entrar en el campamento del Jefe Rojo, el terror de las praderas?

— Ahora está bien — dice Bill, arremangándose los pantalones y examinando unos cardenales en las espinillas —. Estamos jugando a indios. Hacemos que el espectáculo de Buffalo Bill parezca una proyección de linterna mágica sobre Palestina en el salón del pueblo. Yo soy el Viejo Hank, el Trampero, prisionero del Jefe Rojo, y van a arrancarme el cuero cabelludo al amanecer. ¡Por Gerónimo, ese crío patea de lo lindo!

Así es, señor; aquel chico parecía estar pasándoselo en grande. La diversión de acampar en una cueva le había hecho olvidar que él mismo era un cautivo. Me bautizó de inmediato como Ojo de Serpiente, el Espía, y anun-

ció que, cuando sus guerreros regresaran del camino de guerra, yo iba a ser asado en la hoguera al salir el sol.

Luego cenamos; él se llenó la boca de beicon, pan y salsa de carne y se puso a hablar. Pronunció algo así como un discurso durante la cena:

—Me gusta esto. Nunca había acampado; pero tuve una zarigüeya de mascota, y el cumpleaños pasado cumplí nueve años. Odio ir al colegio. Las ratas se comieron dieciséis huevos de la gallina moteada de la tía de Jimmy Talbot. ¿Hay indios de verdad en estos bosques? Quiero más salsa. ¿Es el movimiento de los árboles lo que hace soplar el viento? Teníamos cinco cachorros. ¿Por qué tienes la nariz tan roja, Hank? Mi padre tiene mucho dinero. ¿Están calientes las estrellas? Le di dos palizas a Ed Walker el sábado. No me gustan las chicas. No se puede atrapar sapos si no es con una cuerda. ¿Hacen ruido los bueyes? ¿Por qué son redondas las naranjas? ¿Tenéis camas para dormir en esta cueva? Amos Murray tiene seis dedos en un pie. Un loro puede hablar, pero un mono o un pez no pueden. ¿Cuántos hacen falta para llegar a doce?

Cada pocos minutos recordaba que era un fastidioso piel roja, cogía su rifle de palo y avanzaba de puntillas hasta la boca de la cueva para atisbar a los exploradores del odiado cara pálida. De vez en cuando lanzaba un alarido de guerra que hacía estremecerse al Viejo Hank el Trampero. Aquel chico tenía a Bill aterrorizado desde el principio.

—Jefe Rojo —le digo al chico—, ¿te gustaría volver a casa?

—Bah, ¿para qué? —dice él—. En casa no me divierto. Odio ir al colegio. Me gusta acampar. No me llevarás de vuelta a casa, ¿verdad, Ojo de Serpiente?

—No de momento —digo—. Nos quedaremos aquí en la cueva un rato.

—¡Estupendo! —dice él—. Será fantástico. Nunca me lo he pasado tan bien en mi vida.

Nos acostamos hacia las once. Extendimos mantas anchas y edredones y pusimos al Jefe Rojo entre nosotros. No teníamos miedo de que se escapara. Nos tuvo despiertos tres horas, saltando y buscando su rifle a tientas y chillando «¡Chist! compadre» al oído de Bill y al mío, ya que el supuesto crujido de una rama o el susurro de una hoja revelaban a su joven imaginación la sigilosa aproximación de la banda de forajidos. Al final caí en un sueño agi-

tado y soñé que yo había sido secuestrado y encadenado a un árbol por un feroz pirata pelirrojo.

Justo al amanecer, me despertó una serie de alaridos espantosos de Bill. No eran gritos, ni aullidos, ni chillidos, ni alaridos de guerra, ni vociferaciones, de los que cabría esperar de un aparato vocal viril —eran simplemente unos chillidos indecentes, aterradores, humillantes, de los que emiten las mujeres cuando ven fantasmas o orugas. Es una cosa horrible oír a un hombre fornido, desesperado y gordo chillar sin freno en una cueva al amanecer.

Me levanté de un salto para ver qué pasaba. El Jefe Rojo estaba sentado sobre el pecho de Bill, con una mano enredada en su pelo. En la otra tenía el afilado cuchillo de mango que usábamos para cortar el beicon; y estaba intentando, con diligencia y realismo, arrancarle el cuero cabelludo a Bill, según la sentencia que había sido pronunciada sobre él la víspera.

Le quité el cuchillo al chico y lo obligué a acostarse de nuevo. Pero desde ese momento el espíritu de Bill quedó quebrantado. Se tumbó en su lado de la cama, pero no volvió a cerrar los ojos mientras aquel chico estuvo con nosotros. Yo me adormilé un rato, pero hacia el amanecer recordé que el Jefe Rojo había dicho que iba a ser quemado en la hoguera al salir el sol. No estaba nervioso ni asustado; pero me senté, encendí la pipa y me apoyé contra una roca.

—¿Por qué te levantas tan pronto, Sam? —preguntó Bill.

—¿Yo? —digo—. Oh, tengo como un dolor en el hombro. Pensé que sentarme me aliviaría.

—¡Mentiroso! —dice Bill—. Tienes miedo. Te iban a quemar al amanecer y tenías miedo de que lo hiciera. Y lo haría también, si encontrara una cerilla. ¿No es terrible, Sam? ¿Crees que alguien pagará dinero para recuperar a un diablillo así?

—Seguro —dije—. Un chico revoltoso como ese es justo el tipo del que los padres están locos. Ahora, tú y el Jefe levantaos y preparad el desayuno mientras yo subo a la cima de esta montaña a reconocer el terreno.

Subí a la cima de la pequeña montaña y recorrí con la vista los alrededores contiguos. Hacia Summit esperaba ver a la robusta clase agraria del pueblo armada de guadañas y horcas batiendo el campo en busca de los de-

spiadados secuestradores. Pero lo que vi fue un paisaje apacible salpicado de un hombre arando con una mula barcina. Nadie rastreaba el arroyo; ningún mensajero iba y venía llevando noticias de ninguna novedad a los angustiados padres. Una actitud selvática de adormilada somnolencia impregnaba aquella sección de la superficie exterior de Alabama que se extendía ante mi vista. «Quizás», me dije, «todavía no se ha descubierto que los lobos se han llevado al tierno corderito del redil. ¡Que Dios ayude a los lobos!», me dije, y bajé la montaña a desayunar.

Cuando llegué a la cueva encontré a Bill pegado a la pared, jadeando, y al chico amenazando con aplastarlo con una roca de la mitad del tamaño de un coco.

—Me metió una patata cocida y ardiendo por la espalda —explicó Bill—, y luego la aplastó con el pie; y yo le di un capón. ¿Llevas una pistola encima, Sam?

Le quité la roca al chico y calmé un poco la situación.

—Me las pagarás —le dice el chico a Bill—. Nadie ha golpeado jamás al Jefe Rojo sin recibir su merecido. ¡Más te vale andarte con cuidado!

Después del desayuno, el chico saca del bolsillo un trozo de cuero con cuerdas enrolladas y sale de la cueva desenrollándolo.

—¿Qué trama ahora? —dice Bill, ansioso—. ¿No creerás que va a escaparse, verdad, Sam?

—No hay peligro —digo—. No parece tener mucho apego al hogar. Pero tenemos que organizar algo respecto al rescate. No parece haber mucho revuelo en Summit por su desaparición; aunque puede que todavía no se hayan dado cuenta de que se ha ido. Su familia puede creer que está pasando la noche en casa de la tía Jane o de algún vecino. En cualquier caso, hoy lo echarán en falta. Esta noche debemos enviar un mensaje a su padre exigiéndole los dos mil dólares por su devolución.

En ese momento oímos una especie de alarido de guerra, de los que David debió de lanzar cuando derribó al campeón Goliat. Era una honda que el Jefe Rojo había sacado del bolsillo y hacía girar sobre su cabeza.

Me agaché, y oí un golpe sordo y una especie de suspiro de Bill, como el que suelta un caballo cuando le quitas la silla. Una piedra oscura del tamaño

de un huevo había alcanzado a Bill justo detrás de la oreja izquierda. Se desplomó todo él y cayó al fuego sobre la sartén de agua caliente para lavar los platos. Lo saqué de allí y le eché agua fría en la cabeza durante media hora.

Al rato, Bill se incorpora, se palpa detrás de la oreja y dice:

—Sam, ¿sabes cuál es mi personaje bíblico favorito?

—Tranquilízate —digo—. En seguida se te pasa.

—El rey Herodes —dice él—. No te irás a ningún sitio y me dejarás aquí solo, ¿verdad, Sam?

Salí, agarré al chico y lo sacudí hasta que le castañetearon las pecas.

—Como no te portes bien —digo—, te llevo directo a casa. ¿Vas a comportarte o no?

—Solo estaba jugando —dice él con malhumor—. No quería hacerle daño al Viejo Hank. ¿Pero por qué me pegó él? Me portaré bien, Ojo de Serpiente, si no me mandas a casa y me dejas jugar hoy al Explorador Negro.

—Ese juego no lo conozco —digo—. Eso lo decidís tú y el señor Bill. Él es tu compañero de juegos por hoy. Yo me voy un rato, por negocios. Ahora entra y haz las paces con él y dile que lo sientes por haberle hecho daño, o te vas a casa ahora mismo.

Los hice darse la mano, a él y a Bill, y luego llevé a Bill aparte y le dije que iba a ir a Poplar Cove, un pueblecito a tres millas de la cueva, a averiguar lo que pudiera sobre cómo se había recibido el secuestro en Summit. También pensé que lo mejor era enviar ese mismo día una carta perentoria al viejo Dorset exigiéndole el rescate y dictando cómo debía pagarse.

—Sabes, Sam —dice Bill—, te he respaldado sin pestañear en terremotos, incendios e inundaciones —en partidas de póquer, atentados con dinamita, redadas policiales, atracos a trenes y ciclones. Nunca había perdido la serenidad hasta que secuestramos a ese cohete de dos patas que es el chico. Me tiene loco. No me dejarás mucho tiempo con él, ¿verdad, Sam?

—Estaré de vuelta a primera hora de la tarde —digo—. Tienes que mantener al chico entretenido y tranquilo hasta que vuelva. Y ahora escribamos la carta al viejo Dorset.

Bill y yo cogimos papel y lápiz y nos pusimos a trabajar en la carta mientras el Jefe Rojo, envuelto en una manta, se pavoneaba arriba y abajo guardando la entrada de la cueva. Bill me suplicó lloroso que fijara el rescate en mil quinientos dólares en vez de dos mil. «No pretendo —dice él— desprestigiar el célebre aspecto moral del afecto paternal, pero estamos tratando con seres humanos, y no es humano que nadie suelte dos mil dólares por ese pedazo de gato montés pecoso de cuarenta libras. Estoy dispuesto a arriesgarme con mil quinientos. Cárgate la diferencia a mi cuenta.»

Así que, para aliviar a Bill, accedí, y entre los dos redactamos una carta que decía lo siguiente:

Ebenezer Dorset, Esq.:

Tenemos a su hijo escondido en un lugar alejado de Summit. Es inútil que usted o los detectives más hábiles intenten encontrarlo. Las únicas condiciones absolutas bajo las cuales puede recuperarlo son las siguientes: exigimos mil quinientos dólares en billetes grandes por su devolución; el dinero deberá dejarse a medianoche de esta noche en el mismo lugar y en la misma caja que su respuesta —tal como se describe más adelante—. Si acepta estos términos, envíe su respuesta por escrito a través de un mensajero solitario esta noche a las ocho y media en punto. Tras cruzar el arroyo Owl Creek, en el camino a Poplar Cove, hay tres árboles grandes a unos cien metros de distancia entre sí, junto a la valla del campo de trigo a mano derecha. En la base del poste de la valla frente al tercer árbol encontrará una pequeña caja de cartón. El mensajero depositará la respuesta en esta caja y regresará de inmediato a Summit. Si intenta cualquier traición o no cumple con nuestra exigencia tal como se indica, no volverá a ver a su hijo. Si paga el dinero según lo exigido, le será devuelto sano y salvo en el plazo de tres horas. Estas condiciones son definitivas, y si no las acepta no se intentará ninguna comunicación ulterior.

Puse la dirección de Dorset en el sobre y me lo guardé en el bolsillo. Cuando estaba a punto de marcharme, el chico se me acerca y dice:

—Eh, Ojo de Serpiente, dijiste que podría jugar al Explorador Negro mientras estuvieras fuera.

—Juega, claro —digo—. El señor Bill jugará contigo. ¿En qué consiste el juego?

—Yo soy el Explorador Negro —dice el Jefe Rojo—, y tengo que ir a caballo al fuerte para avisar a los colonos de que vienen los indios. Me he cansado de jugar yo mismo a ser indio. Quiero ser el Explorador Negro.

—Muy bien —digo—. No parece peligroso. Creo que el señor Bill te ayudará a burlar a esos molestos salvajes.

—¿Qué tengo que hacer yo? —pregunta Bill, mirando al chico con recelo.

—Tú eres el caballo —dice el Explorador Negro—. Ponte a cuatro patas. ¿Cómo voy a llegar al fuerte sin caballo?

—Más vale que lo mantengas entretenido —le dije—, hasta que el asunto esté en marcha. Suéltate.

Bill se pone a cuatro patas, y en sus ojos aparece una mirada como la de un conejo cuando lo atrapas en una trampa.

—¿A qué distancia está el fuerte, chico? —pregunta con voz ronca.

—A noventa millas —dice el Explorador Negro—. Y tienes que darte prisa para llegar a tiempo. ¡So, so!

El Explorador Negro salta sobre la espalda de Bill y le clava los talones en los costados.

—Por el amor de Dios —dice Bill—, vuelve cuanto antes, Sam, en cuanto puedas. Ojalá no hubiéramos fijado el rescate en más de mil dólares. Oye, deja de darme patadas o me levanto y te doy tu merecido.

Fui andando a Poplar Cove y me senté un rato en la oficina de correos y en la tienda, charlando con los palurdos que venían a comerciar. Un bigotudo dice que ha oído que Summit está revuelta por el asunto del chico del anciano Ebenezer Dorset, perdido o robado. Era todo lo que quería saber. Compré tabaco de pipa, aludí casualmente al precio de las alubias carilla, eché subrepticamente mi carta al correo y me marché. El jefe de correos dijo que el cartero pasaría en una hora a recoger el correo para Summit.

Cuando volví a la cueva, Bill y el chico habían desaparecido. Exploré los alrededores de la cueva y me arriesgué a lanzar uno o dos gritos, pero no hubo respuesta.

Así que encendí la pipa y me senté en un ribazo cubierto de musgo a esperar los acontecimientos.

Al cabo de media hora oí crujir los arbustos, y Bill salió tambaleándose al pequeño claro delante de la cueva. Detrás venía el chico, avanzando sigilosamente como un explorador, con una amplia sonrisa en la cara. Bill se detuvo, se quitó el sombrero y se limpió la cara con un pañuelo rojo. El chico se paró a unos dos metros y medio detrás de él.

—Sam —dice Bill—, supongo que pensarás que soy un renegado, pero no he podido evitarlo. Soy una persona adulta con inclinaciones masculinas y hábitos de defensa propia, pero hay un momento en que todos los sistemas de egocentrismo y predominio fracasan. El chico se ha ido. Lo he mandado a casa. Todo se acabó. Hubo mártires en la antigüedad —prosigue Bill—, que sufrieron la muerte antes que renunciar al negocio concreto del que disfrutaban. Ninguno de ellos fue jamás sometido a torturas tan sobrenaturales como las que yo he sufrido. He intentado ser fiel a nuestros artículos de depredación; pero llegó un límite.

—¿Qué ha pasado, Bill? —le pregunto.

—Me montaron —dice Bill—, las noventa millas hasta el fuerte, sin dejar ni un palmo. Luego, cuando los colonos fueron rescatados, me dieron avena. La arena no es un sustituto apetecible. Y después, durante una hora, tuve que intentar explicarle por qué los agujeros están vacíos, cómo una carretera puede ir en dos sentidos y qué hace que la hierba sea verde. Te lo digo, Sam, un ser humano solo puede aguantar hasta cierto punto. Lo agarré por el cogote de la ropa y lo arrastré montaña abajo. Por el camino me pateó las piernas desde las rodillas para abajo hasta ponerlas negras y azules; y tengo dos o tres mordiscos en el pulgar y la mano que hay que cauterizar.

—Pero se ha ido —continúa Bill—, se ha ido a casa. Le enseñé el camino a Summit y lo acerqué unos dos metros y medio de una sola patada. Siento que perdamos el rescate; pero era eso o Bill Driscoll al manicomio.

Bill jadea y bufa, pero hay una expresión de paz inefable y creciente satisfacción en sus facciones sonrosadas.

—Bill —digo—, ¿no hay enfermedades del corazón en tu familia?

—No —dice Bill—, nada crónico salvo malaria y accidentes. ¿Por qué?

—Entonces quizás deberías girarte —digo— y echar un vistazo detrás de ti.

Bill se gira y ve al chico, pierde el color y se sienta de golpe en el suelo y se pone a arrancar distraídamente hierba y ramitas. Durante una hora temí por su cordura. Luego le dije que mi plan era cerrar el asunto de inmediato y que tendríamos el rescate y nos largaríamos con él antes de medianoche si el viejo Dorset aceptaba nuestra proposición. Así que Bill recobró ánimos suficientes para dedicarle al chico una sonrisa débil y prometerle que jugaría al ruso en una guerra japonesa con él en cuanto se sintiera un poco mejor.

Tenía un plan para cobrar el rescate sin peligro de ser atrapado por contratamas que debería recomendarse a los secuestradores profesionales. El árbol bajo el cual debía dejarse la respuesta —y el dinero más adelante— estaba cerca de la valla del camino, con grandes campos despejados por todos los lados. Si una banda de alguaciles estuviera vigilando por si alguien venía a recoger el mensaje, podrían verlo desde lejos cruzando los campos o por el camino. ¡Pero no, señor! A las ocho y media yo estaba subido a ese árbol tan bien escondido como una rana arborícola, esperando la llegada del mensajero.

A la hora exacta, un muchacho a medio crecer llega pedaleando por el camino en bicicleta, localiza la caja de cartón al pie del poste de la valla, desliza dentro un papel doblado y se aleja pedaleando de vuelta hacia Summit.

Esperé una hora y luego concluí que todo estaba en orden. Bajé del árbol, recogí la nota, me escurrí a lo largo de la valla hasta llegar al bosque y estaba de vuelta en la cueva media hora después. Abrí la nota, me acerqué al farol y se la leí a Bill. Estaba escrita a pluma con una letra apretada y retorcida, y el meollo del asunto era el siguiente:

Dos Hombres Desesperados.

Muy señores míos: He recibido hoy por correo su carta en relación con el rescate que piden por la devolución de mi hijo. Creo que sus exigencias son algo elevadas, y por la presente les hago una contrapropuesta que me

inclino a creer que aceptarán. Traigan a Johnny a casa y páguenme doscientos cincuenta dólares en metálico, y a cambio me comprometo a hacerme cargo de él. Más les vale venir de noche, pues los vecinos creen que se ha perdido, y no podría responsabilizarme de lo que harían a cualquiera a quien vieran devolvérselo.

Con todo respeto, EBENEZER DORSET.

— ¡Grandes piratas de Penzance! — digo —. De todas las desfachateces...

Pero miré a Bill y vacilé. Tenía en los ojos la mirada más suplicante que he visto jamás en el rostro de una criatura muda o parlante.

— Sam — dice —, ¿qué son doscientos cincuenta dólares, después de todo? Tenemos el dinero. Una noche más con este chico me manda a una cama en Bedlam. Además de ser un perfecto caballero, creo que el señor Dorset es un derrochador por hacernos una oferta tan generosa. No vas a dejar pasar la oportunidad, ¿verdad?

— Para decirte la verdad, Bill — digo —, esta corderita también me ha puesto algo de los nervios. Nos lo llevamos a casa, pagamos el rescate y nos damos a la fuga.

Esa noche lo llevamos a casa. Lo convencimos de ir diciéndole que su padre le había comprado un rifle con montura de plata y un par de mocasines, y que al día siguiente íbamos a cazar osos.

Eran justo las doce cuando llamamos a la puerta principal de Ebenezer. Justo en el momento en que yo debería haber estado extrayendo los mil quinientos dólares de la caja bajo el árbol, según la proposición original, Bill estaba contando doscientos cincuenta dólares en la mano de Dorset.

Cuando el chico se enteró de que íbamos a dejarlo en casa, se puso a aullar como un organillo de vapor y se aferró con tanta fuerza a la pierna de Bill como una sanguijuela. Su padre lo fue despegando poco a poco, como si fuera un parche poroso.

— ¿Cuánto tiempo puede tenerlo controlado? — pregunta Bill.

— Ya no soy tan fuerte como antes — dice el viejo Dorset —, pero creo que puedo prometerle diez minutos.

—Suficiente —dice Bill—. En diez minutos habré cruzado los estados del Centro, Sur y Medio Oeste, y estaré en ruta a toda prisa hacia la frontera con Canadá.

Y, con lo oscuro que estaba la noche, y lo gordo que era Bill, y lo buen corredor que soy yo, ya llevaba más de dos kilómetros y medio de Summit antes de que pudiera alcanzarle.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB